

Las bibliotecas entre libros y archivos



LISA BLOCK DE BEHAR¹

LIBROS SOBRE LIBROS

No sorprende que los libros refieran a otros libros, más aún, sería muy extraño que no aludieran a alguna publicación literaria precedente, contemporánea o de todos los tiempos. No es muy frecuente, en cambio, que los libros aludan a bibliotecas, aunque difícilmente los libros existan solos, salvo en las trilladas presunciones del *aislamiento* supuesto de quien se vea obligado a elegir únicamente uno.

Sin embargo, un libro podría existir en soledad en circunstancias particulares, por ejemplo, en el marco de una severa ortodoxia que privilegiara la lectura excluyente de la Biblia, y asegurara el ejemplar único que guarda el claustro o la celda destinada «al religioso o religiosa en su convento»². También suele encontrarse una Biblia solitaria en la habitación de hoteles —en países anglosajones, sobre todo de tradición protestante—, a disposición del eventual huésped dispuesto a leerla. De lo contrario, los libros existen reunidos sobre una mesa de trabajo o de descanso, ordenados en anaqueles, dispuestos en estanterías de diversa forma y dimensión, protegidos tras los cristales de un mueble de maderas bien lustradas, expuestos en vitrinas o en armarios.

1 Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la Republica. lisabehar@netgate.com.uy

2 Diccionario de la Real Academia Española.

No habría que ignorar la digresión que sugiere *armarios*. Por su denominación o por el uso que se le dio en otros tiempos, uno supone que el armario era un mueble donde se guardaban las armas, que inducen a asociar armas y letras, un tópico que reivindicaban no solo las guerreras y letradas divinidades nórdicas, o la proclama pronunciada por Don Quijote en su contradictorio y muy celebrado «Curioso discurso de las armas y las letras». En realidad, más allá de esos antecedentes, ambas, armas y letras, han sabido evocar el plomo del origen, un pesado metal en las imprentas y en las fraguas, donde se forjan signos y sueños, huellas de un pasado en común y aún latente.

Cuando de libros, archivos y bibliotecas se trata, sería difícil no empezar por *arkhē* «government» literally «beginning, origin, first place»³ o, mencionando la Biblia, no solo porque en su origen el nombre designa un conjunto de libros sino por ser la referencia ineludible cuando se abordan estos temas. Incluso sería ocioso decir que la Biblia está presente desde el comienzo, y en eso estamos.

Para ilustrar sin desacralizar la vigencia de esa presencia inicial, recordaría que al ingresar a la *Beinecke Rare Book Library* de la Universidad de Yale se advierte, en primer lugar, un espléndido ejemplar de la Biblia de Gutenberg, abierto de par en par, emplazado en el interior de una gran vitrina a través de cuyos gruesos cristales se ven, numerosos, los añosos libros que la prestigiosa biblioteca atesora.

Iluminado, ambivalente, como si estuviera en un altar semisecular, ese ejemplar monumental de la Biblia, se expone en esa o en otras bibliotecas desde siglos atrás, siempre vigente. Por un lado, sus reflejos reverberan en todos los libros que se vislumbran a través de los cristales, pero ese ejemplar está y no está entre ellos. Esos mismos cristales separan su sagrada solemnidad de la secularidad de los otros volúmenes generando un espacio distinto, distinguido. Un libro *santo*, en efecto, «separado» (que traduce una de las significativas acepciones del hebreo *kadosh*) en virtud de la relevancia que insinúa cierto apartamiento: la recogida soledad con que su cultural condición lo distingue. Así ubicado, pone en

evidencia una suerte de transtextualidad intemporal, una puesta en escena de las variaciones teóricas que no desconocen la deseada transparencia entre textos que, como en este caso, entre reflexiones y reflejos, lo releva como el Libro por excelencia, por antonomasia, como su nombre griego y en plural lo registra, más allá de su estatuto canónico.

Allí, en la penumbra de la sala, protegido por paredes invisibles, un libro irradia hacia los demás libros. Semejante a las especulaciones que proponía Anselm Kiefer en la exposición que anuncia precisamente «La alquimia del libro»,⁴ donde exhibía sus obras a través de cristales que dejaban ver, semejantes a fantasmagóricas figuras de la transparencia, fragmentos de la era industrial, restos de máquinas viejas, pedazos de metales herrumbrados, fotografías, cintas de películas en pedazos, piezas de plomo, restos de aviones o de tanques. Un «mundo saturnino» resume una historia trágica y misteriosa que muestra los vestigios melancólicos de su fantasía, esas estelas que, como en un memorial, recuerdan atrocidades, rostros que se pierden en el agua, semejantes a los que las vitrinas y vidrieras suelen exhibir y confundir.

Entre otros artistas, Kiefer no pasa por alto estos cambios y realiza dos exposiciones contemporáneas sobre «el peso de los libros»: una en la *Biblioteca nacional de Francia*, otra en el *Centro Georges Pompidou*. Ambas ocurren precisamente en medio de una multiplicación de debates sobre las trasmutaciones de la materia que constituye el libro, cuando se vislumbra, en su evolución, el advenimiento de una inminente panacea universal que la incontenible avalancha de la digitalización y sus maravillas promete y promueve. Las bibliotecas están atravesando, en efecto, la etapa de una inesperada metamorfosis, su conversión digital, uno de sus avatares, no el último, pero el más reciente, feliz y conflictivo al mismo tiempo, el más radical, el que más las preserva y posterga.

En Biblos, una remota ciudad de Medio Oriente, tal vez la más antigua, era abundante el cultivo del papiro en el que también habrían sido inscritas las primeras versiones de las Sagradas Escrituras. Aunque parcial, discutible y hasta lamentable, la definición del *Diccionario de la Real*

4 Centre Georges Pompidou, París. Desde el 16 de diciembre 2015 hasta el 18 de abril de 2016.

Academia Española, reconoce el origen del significado de *Biblia*: del gr. «βιβλία, literalmente «[los] libros: Libro sagrado del cristianismo, que comprende el antiguo y el Nuevo Testamento»

¿Solo del cristianismo? De criterio lexicográfico impugnable y de oficios no muy santos, la omisión no se redime por conceder una entrada aparte a *Torá*.

UNA PLURALIDAD SEMÁNTICA

Son varias las acepciones a las que *biblioteca* remite. Si es necesario, ante discrepancias o dilemas, se habla de «por lo menos dos». Además de esas bibliotecas a las que se recurre en busca de dos o más argumentos, para contraponerlos o confirmarlos, la misma palabra sirve para designar una institución tradicional y prestigiosa a la que se confía la adquisición de libros, de periódicos, la verificación de documentos y archivos para su ordenada conservación y prudente circulación de acuerdo con las normas institucionales establecidas.

Biblioteca designa, además, tanto el mueble como el inmueble, sin que importen los materiales con que fueron construidos ni la ubicación que ocupen en sus respectivos emplazamientos. Más allá de hacer referencia a las instituciones, al local y a sus instalaciones, al objeto público y privado, *biblioteca* denomina, en términos editoriales, una colección de libros y archivos reunidos bajo un mismo rótulo y procedencia, una serie de publicaciones que se ajustan a un mismo criterio y propósito intelectual, literario, artístico, científico, comercial. Por ejemplo, en 1931, un joven editor independiente, Jacques Schiffrin, creó *La Pléiade* en la muy conocida y productiva editorial Gallimard. En 1940, destituido por Gastón Gallimard, que aplicó sin dudas ni dilación las leyes antijudías impuestas por los nazis, Schiffrin se vio obligado a dejar su puesto y partir, exiliado, rumbo a Estados Unidos. En Nueva York, entre otros prestigiosos exiliados (Claude Lévi-Strauss, Max Ernst, Marc Chagall, Marcel Duchamp, André Breton, y muchos más) siguió creando colecciones, definiendo contratos editoriales, por ejemplo, con la editorial SUR de Victoria Ocampo, entre otras iniciativas. En extremo prestigiosa, la *Bibliothèque de la Pléiade* todavía existe con activa y venerada circulación, sin que se recuerden ni los

objetivos que fundaron la colección, ni a su inventor, ni las oprobiosas circunstancias de su apartamiento.

Otra invención, más allegada a nuestras peripecias, tuvo lugar en 1974 en Venezuela. Un decreto presidencial hizo realidad la iniciativa de Ángel Rama y de José Ramón Medina, formalizando la bienvenida existencia de la *Biblioteca Ayacucho*, una hasta ahora inigualada colección, representativa del pensamiento, la imaginación y la historia de América Latina, atenta al valor patrimonial de obras y autores desde los tiempos prehispánicos hasta la azarosa actualidad. Definida inicialmente en los mejores términos por sus fundadores, la editorial ha publicado a centenares de autores emblemáticos de América Latina, «desde nuestras raíces indígenas hasta los fundamentos ideológicos y artísticos contemporáneos de Nuestra América», al margen de diferentes intereses personales y de fluctuantes decisiones oficiales.

Además de estos usos más o menos figurados, en su sentido más restringido y literal, *biblioteca* designa la institución que se dedica a reunir toda la variedad de publicaciones y escritos: folletos, periódicos, mapas, monedas, medallas, imágenes, grabados, manuscritos, correspondencia, documentos y archivos diversos. Pero la biblioteca y el concepto de archivo con el que se confunde en la más vigente actualidad se remonta a un pasado que no siempre se tiene presente.

Además, no sería tal sin la colección de libros y archivos que la definen. Dada esa condición necesaria habría sido más conveniente, o más convencional, comenzar por el principio y, si el origen los implica a ambos (comienzo o principio), no debería asombrar que una vez más se recurra a la precisión de las etimologías para confirmar que la verdad y el origen se confunden en una misma indagación verbal y arqueológica.

DE LA VERDAD DE LOS LIBROS Y DE LA ÍNDOLE NATURAL DE SU ORIGEN

Si se opta, entonces, por las indagaciones de carácter etimológico, se desearía que el pasado de *libro* coincidiera con el pasado de *libre*, de *libertad*.

En verdad, el origen de *libro*, ajeno al de *libertad*, es igualmente interesante porque entabla, como otras obras pertenecientes a las bellas artes y buenos oficios, una relación *natural* entre la *naturaleza*, que existe según

sus propias leyes, y la creación de los humanos, que existe como una «interpretación hermética del Mundo» (Kiefer 2015, 3).

Aun cuando ya no se escriba sobre la superficie del *liber, libri*, como se denomina en latín la fina película que se desprende de la parte interior de la corteza del árbol, un tecnicismo botánico que dio origen a *libro*, en español o, con distintos antecedentes, al inglés *library*. Una publicación en nuestra lengua, y una colección en la otra, la *raíz* (valga el campo metafórico compartido) remite a ese pasado vegetal común. Es lógico, o por lo menos previsible, que un deslizamiento retórico similar al latín se haya registrado en inglés antiguo, aunque el sustrato hubiera partido ya no de una parte del árbol sino de un tipo de árbol: ingl. *beech*, esp. «haya», que derivó en *boc*, inglés *book*, *Buch* en alemán y términos afines en otras lenguas anglosajonas. No se apartan de ese mismo campo metafórico *florilegios* y *antologías* que, según se presume, son publicaciones que seleccionan y coleccionan lo mejor de una producción poética o literaria en general.

¿Por qué esta insistente apelación a antecedentes botánicos? Más allá de obsesiones etimológicas y coincidencias de una historia verbal que cruza distintas culturas consolidando un imaginario común, estas aventuras en tierras de Crátilo (Genette, 1976), que el famoso personaje de Platón habría celebrado, convergen atravesando tiempos y temporales en imágenes que revelan la destrucción, el sacrilegio, libros de devoción ultrajados, en llamas, la profanación de escrituras borradas por el fuego, versículos y comentarios que no lograron proteger las envejecidas encuadernaciones de cubiertas cuarteadas, poco aptas para guardar, en un estragado palimpsesto, trazos desleídos de épocas remotas.

Un fotógrafo, Yuri Dojc, recorre las heridas ruinas de la cultura judía depredada en Eslovaquia, imágenes reunidas en *Last Folio* (Dojc & Krausova, 2011). Notables, sus fotografías logran transformar la crueldad en belleza, la atrocidad en una metáfora visual y botánica que estremece. De los libros restan solo algunos rastros en reliquias verbales y venerables. Sin comentarios, la palabra destrozada deviene pura imagen, son gritos de bibliotecas devastadas, de libros sagrados que, fracturados, parecen crujir, desintegrándose al roce de la mirada, huellas escriturales de una destrucción impía, despiadada, sacrílega. Dando abrigo a una esperanza, revelan, sin embargo, la índole primera, natural, vegetal, del papel. La

razón etimológica y la metamorfosis padecida por la violencia coinciden en un encuentro que no la redime, pero confirma esa índole primordial.

Revelan la fiel fe de lecturas y oficios olvidados, penosamente ignorados, delatando el ultraje sacrílego del que fueran víctimas: «Ningún paisaje, ningún lugar, ninguna persona puede considerarse inocente. Todos culpables» (Kiefer, 2015, p.3). Esta sentencia, que condena una época entera, una sociedad entera, por el crimen imperdonable, es la cita de un monólogo del film, *Hitler, un film d'Allemagne* (1977) de Hans-Jürgen Syberberg.

La visión fotográfica rescata en la catástrofe la prédica del origen. Las páginas desgarradas vuelven a la naturaleza de la que partieron, previa a las palabras, ecos de letanías, de cánticos memorizados, la santidad hecha trizas. Una exhibición de volúmenes quemados, hojas de libros deshechos, hojas sueltas, secas, muertas. Son desechos de libros recuperados por la magia fotográfica de una circularidad estética que parece superar la muerte. Los rollos de la Torá arrasados retornan a su principio botánico desafiando el desastre, sin resignarse a consentir las brutalidades de la violencia nazi.

Dolorosa, se constata la predicción de Heinrich Heine: «Esto fue solo el prelude. Cuando se empieza por quemar los libros se termina por quemar también a las personas» [*Das war ein Vorspiel nur, dortwomann Bücher verbrennt, verbrenntman auch am Ende Menschen*]. La sentencia está grabada en una lápida oscura, a ras del suelo, casi inadvertida, adyacente a *Die Bibliothek* (1995), emplazada en la Bebelplatz, un memorial bajo tierra. Similar a «los lugares de la memoria», evoca, reducida, disimulada, desde otro espacio, interior, anterior, escondido a medias, el sitio mismo donde unos 20.000 libros, considerados obras de autores degenerados, fueron quemados el 10 de mayo de 1933, en una horrenda hoguera atizada por estudiantes de la Universidad de Humboldt, fascinados por odios que los discursos de Goebbels enardecían. La aniquilación y el fuego, allí en la mítica y transitada avenida de los tilos, *Unter den Linden*, frente a la Universidad, sus estudiantes participaron en un auto de fe que anticipó el aniquilamiento mayor.

Poco tiempo después, decía François Rastier: «Llama la atención una primera alegación del rector Heidegger que habría debido prohibir la quema de libros. Al contrario, invocó el fuego purificador durante “el auto de

fe simbólico” de libros (*symbolischer Verbrennungsakt von Schmutz-und Schundliteratur*) del 24 de junio de 1933, donde pronuncia su *Feuerspruch*, que comienza así: «Llama, anúncianos, ilumínanos el camino *desde donde no existe regreso*» [traducción propia] (Rastier, 2016, pp.121-138).

A esta altura tal vez demolida, la estantería subterránea de la *Bibliothek* de Misha Ullman, de compartimentos vacíos, apilados, despojados, podría haber contenido libros, espectros de personas en agonía, cajones de libros abandonados o de cadáveres desaparecidos.

En medio de la plaza, al pasar, alguien advierte la fosa, se detiene al borde de la superficie transparente de esa capa gruesa de vidrio o acrílico. Circunspecto, mira hacia abajo. Otros caminantes se acercan, se reúnen en silencio, desconcertados miran pero no hay nada, solo estanterías. ¿Veinte mil libros quemados en una noche? ¿No advirtieron los estudiantes universitarios su abominable complicidad? ¿Se encontrará aún *Die Bibliotheken* su sitio, en el centro de Berlín, o se habrá dado por terminada la incuria de los buldózeres municipales, la destrucción iniciada por quienes los precedieron? Inquieta la inminencia de una desaparición trágica de esa y otras bibliotecas de las que la conocida novela *Fahrenheit 451* (Bradbury, 1953), publicada en la temprana segunda posguerra, no sería ni ficción, ni distopía, sino una versión verosímil de las destrucciones que los totalitarismos del siglo XX perpetraron contra archivo y bibliotecas.

Bibliotecas depredadas, despojos de publicaciones amontonadas que el plomo fundido no distingue. *Shevirat Ha'kelim*, como prefirió denominar Anselm Kiefer, en hebreo, a sus bibliotecas, a esas vasijas quebradas, invocando la fórmula literal de una antigua creencia cabalística. Exhibidas en varios museos de arte contemporáneo y en las más prestigiosas galerías del mundo, esas vasijas quebradas o quemadas monumentalizan, tenebrosas, la obsesión del artista alemán: la inmolación de la cultura, la destrucción de bibliotecas enteras arrasadas como pueblos aniquilados. ¿Cómo podría pretender la historia asumir la ausencia de multitudes incontables de personas asesinadas si las víctimas desaparecieron, por obra de crímenes sin registros ni testigos? ¿Cómo representar la ausencia? ¿Cómo superar la aporía de la representación? ¿Cómo rescatar de las hogueras las víctimas en el humo de su humanidad en cenizas?

REPRESENTACIONES DE UNA IMITACIÓN CONTRADICTORIA

Ensombrecidas, afligen estas ruinas de bibliotecas sometidas a los desmanes incendiarios de la historia. Análoga, paradójica, su representatividad negativa las legitima y, aun en ausencia, las restituye.

No convence, en cambio, en otra ciudad, la arrogancia mimética de un edificio, de varios, que representan sendos libros, uno, dos, tres, cuatro, en construcciones en exceso monumentales. El conjunto incurre en la redundante pretensión de erigir bibliotecas que imitan libros, torres por las que se pretende emular volúmenes abiertos en ángulo recto en las cuatro esquinas de una vasta explanada en el Quai François Mauriac. Demasiado icónicos, más que sugerir, imponen la trivialidad analógica del grandioso emplazamiento que hacen escaso honor a la discreta presencia de libros o a las parquedades de la lectura.

Si algunos razonamientos simétricos valen, habría que suponer que así como las bibliotecas pueden desaparecer, también podrían aparecer, aunque no es frecuente que eso suceda. Pero la historia suele sorprender y, por eso, alguna vez ha ocurrido que una biblioteca reaparezca. Hace poco llamó la atención la aparición de una colección de manuscritos encontrada en una caverna de la China, luego de más de diez siglos de haber permanecido ocultos e ignorados:

Es peculiar y auspicioso ese misterio de las bibliotecas. Cada tanto se exhuman escrituras de tiempos pretéritos ocultas en los lugares más insólitos. Dadas las destrezas tecnológicas actuales, que facilitan la búsqueda y el hallazgo, ya avanzaron algunos proyectos hacia el rescate de miles de páginas desconocidas, encuadradas, intercaladas en códices medievales que las ocultan por razones casi siempre enigmáticas, escrituras —algunas indescifrables— que vuelven a ver la luz y a ser estudiadas por expertos, arqueólogos que intentan recuperarlas.

¿Se habría referido Amos Oz a esos descubrimientos insospechados cuando, de niño, deseaba convertirse en libro: ¿no quería convertirse en escritor sino en un libro —dice— y así poder sobrevivir en algún lugar recóndito, en el que las persecuciones no lo acosaran ni masacraran como

a sus antepasados? De las copias, por millares, podría haberse salvado alguna —sospechaba— y sin embargo... no siempre fue así. Hace unos años busqué algunos títulos de autores alemanes, judíos, en la *Staatsbibliothek*. En esa biblioteca de Berlín, revisando ficheros y computadoras, podía leer solo los títulos y pocos datos más, oprimidos bajo un sello lapidario: *Kriegsverlust*, «perdido en la guerra».

¿Cómo investigar, cómo pensar y escribir sin bibliotecas? En los años treinta, Erich Auerbach, filólogo, crítico, historiador, que trabajaba en esa misma *Staatsbibliothek* de Berlín antes de la Segunda Guerra Mundial, debió viajar a Estambul, ciudad de la que no pudo regresar por haberse impuesto en Alemania las brutalidades del nazismo con la anuencia de quienes participaban en la violencia criminal oficial o adherían desde la indolencia cómplice. ¿Cómo pudo Auerbach investigar y escribir *Mimesis, la representación de la realidad en la literatura occidental*, un estudio erudito, lejos de los archivos y bibliotecas necesarias, en un país extraño de lengua incomprensible, obligado a permanecer allí durante los años de la guerra? ¿Logró Auerbach recurrir a su «biblioteca imaginaria»?

Si en esos años André Malraux concibió la noción de *museo imaginario*, no señaló (tal vez por demasiado evidente) que se trataba de un anticipado y refinado ejemplo del arte en la época de su reproductibilidad tecnológica. En su ilustrado volumen *Las voces del silencio*, Malraux (1951) aludía al conjunto de reproducciones que el estudioso, el visitante, el turista, acostumbraban a llevarse consigo, recuerdos de su pasaje más o menos fugaz por templos, mausoleos, palacios, bibliotecas y otras maravillas.

Los museos editan pesados catálogos cada vez más pesados, tal vez para no competir, digitalizados, con el sustrato inmaterial de las mismas obras. ¿Se contrarrestaría así la levedad de sus homólogos en Internet? En distinto soporte, aparecen imágenes célebres, postales, videos, films, casetes, cd, dvd, *pendrives*, con las mismas reproducciones, los *highlights* del museo. Se ofrecen todo tipo de objetos: jarras, platos, camisetas, adornos de distinto tamaño y dudoso interés. Los *bookshops* de las bibliotecas ofrecen «*literary napkins with Shakespeare's sonnets*» (¡servilletas literarias con sonetos del Cisne de Avon!), los *souvenirs* sustituyen la fragilidad de la memoria con objetos de uso doméstico y gusto discutible, reduciendo los vestigios de la experiencia a fragmentos estereotipados, burdas

o cuidadosas imitaciones de una obra que condesciende, por medio del *transporte*, a devenir otra cosa.

Malraux utilizaba el término *transporte* para redefinir (¿o justificar?) la categoría artística de las obras en función del desplazamiento desde su santuario de procedencia al museo, en el mejor de los casos, y las consecutivas metamorfosis de la mirada a las que esos movimientos dan lugar. Pero, al aludir al museo imaginario, Malraux, como antes Benjamin, se refería no solo a los desplazamientos de los que fue responsable sino también a la fotografía en blanco y negro, y a las facilidades de transporte de reproducciones cada vez más precisas, más perfectas en ese álbum íntimo o interior que la mente reúne. Es sabido que las fotografías prescinden de los atributos materiales del objeto que reproducen, y que la cámara capta y hace figurar, parciales, solo algunas analogías que abstrae de la forma. La reproducción reduce así la analogía a un registro de esas similitudes; la mente hace otro tanto, abstrae y retiene solo parte de los objetos que observa.

En este caso, no dejaría de hablar de la *biblioteca imaginaria*, una entidad que, a diferencia de las bibliotecas privadas o públicas (sitas o situadas en su radicación establecida) existe en la mente memoriosa del lector y a la que aludía, estupefacto, el general Stumm von Bordwehr al penetrar en la Biblioteca Nacional de Viena. En la célebre novela de Robert Musil (1965), al echar una mirada a la colección de libros y calcular el tiempo de unos diez mil años que le llevaría leerlos, el general prefirió confiar en el asesoramiento del avezado bibliotecario. En la sala de catálogos, tuvo la impresión de penetrar en el interior de un cráneo.

Instalado en uno de esos cafés que abundan en la misma capital austríaca, Jakob Mendel, *Mendel el de los libros* (Zweig 2015; 1929, en alemán), famoso por su memoria infalible y por la displicente generosidad de su sabiduría, las prodiga a quien se acerque a consultarlo. ¿Un precursor de los personajes memoriosos de Borges o de los igualmente librescos de Ray Bradbury? Atónito ante ese «fenómeno bibliográfico», cuenta el narrador que

[...] Mendel cerró durante un segundo el ojo izquierdo, igual que un arcabucero antes de disparar. Pero, de verdad, aquel gesto de concentrada atención duró un solo segundo. Después enumeró de inmediato y con

fluidez, como si estuviera leyendo en un catálogo invisible, dos o tres docenas de libros, cada uno de ellos con el lugar de publicación, la fecha y el precio aproximado. (Zweig, 2015, pp.15-16).

Las líneas que siguen revelan una memoria aún más prodigiosa que esa somera muestra y dan indicios de una biblioteca imaginaria, descarnada, mental, con catálogos, fichas y datos incluidos, que Stefan Zweig imagina o describe entre las dos guerras.

La progresiva desmaterialización de las obras, su reducción a papel o a la menos consistente materia del archivo electrónico, sigue su curso y pasa a concentrarse en imágenes mentales, que son recuerdos, en recuerdos que son recortes de textos, en una memoria que flaquea y fragmenta. Perdida la consistente materialidad del libro, este adquiere el estatuto mental que tiene su asiento, su sede, en cada uno. La colección, que también tiende a la abstracción progresiva, se convierte en una entelequia, personal, conceptual, intelectual. Más allá de las reproducciones de obras conocidas que adornan una mesa o se amontonan en un rincón del desván domiciliario, se arrumban en un lugar interior e imaginario donde cada uno las mantiene y conserva, un no lugar privado, íntimo y en reserva. Son colecciones personales, interiores como recuerdos, que también se dice *recollections* en inglés, aludiendo tanto a «recuerdo», a «la memoria de algo», una palabra que cruza las varias referencias que más nos interesan.

UNA INDICACIÓN DIGITAL

No siempre se tiene presente que *pesar* y *pensar* son términos trabados por el origen común de una sinonimia perimida. Sin embargo, en la actualidad, cuando la disminución de peso progresiva deviene una práctica ininterrumpida de la digitalización, no se atribuiría el precipitado desvanecimiento de bibliotecas y museos solo al proceso mental que desmaterializa libros, archivos y obras. Paralela a esos trámites de desmaterialización, abstracción, conceptualización, parece discurrir, indiferenciada e infalible, la digitalización hacia el desaforado abismo informático. En esta era numérica, colecciones y bibliotecas enteras liberadas de sus medidas, de soportes que pesan, que acumulan polvo, que apetecen a

los insectos, que ocupan un considerable lugar en el espacio, imitan, por medio de la digitalización, el proceso de abstracción que una mente más que humana realiza.

¿Habría que lamentar la pérdida de lo material o celebrarla? ¿Habría que cuantificarla? ¿Cómo no celebrar el acceso universal, la prescindencia de desplazamientos y concurrencias multitudinarias, los bosques a salvo, el aspecto intelectual y especulativo, la fantasía sin bridas que la levedad informática propicia?

Digitar una tecla, deslizar el dedo por la pantalla, el índice, en especial, cumple su función deíctica que se ha vuelto el gesto emblemático de todas las funciones. Por un movimiento instantáneo el usuario vincula, con la celeridad de las asociaciones mentales de un lector atento, un texto con otro, con muchos otros. De referencia en referencia, sin requerir ningún esfuerzo, el lector prescinde de enciclopedias vetustas o recientes, manuales imperfectos o rigurosos, descabalados o bien cuidados diccionarios. Una indicación digital, apenas una suave presión sobre el teclado o ese rápido deslizamiento del índice en la pantalla y, como una epifanía, ahí se presenta lo deseado a la vista.

Apostando a las palabras, ya que de jugar se trata, ¿por qué no ceder a la tentación de comparar este doble gesto digital a la doble indicación, que confunde en una misma mostración la acción del Creador y la de Adán, en el famoso y enigmático fresco de la Capilla Sixtina? Aunque el mundo se haya vuelto digital y, todavía ahora, artistas que conviertan ese rigor y vigor en pasión solo se puedan contar con los dedos. El dedo indica y, como el Verbo al principio, muestra el comienzo, la Creación.

Se complacía Gérard Genette en contemplar los cuadros de Edward Hopper porque le ofrecían la posibilidad de no diferenciar el original de la copia, una indiferencia que le permitía valorar, en la severidad lacónica de la tela, indicios de la vocación fotográfica desde la pintura misma. Al soslayar la granulación de un lienzo y percibir la lisura de una superficie que no diferencia texturas, sustrae a las figuras del espesor que las oculta, la envoltura que encubre la obra en sí, esa cáscara matérica que la esconde.

Genette alude a uno de los pasajes más intensos de la novela de Proust, donde el narrador describe la perturbación que la pintura de Vermeer produce en el escritor, a Bergotte, su personaje homólogo. La contemplación de un

pequeño fragmento amarillo del cuadro precipita el drama, «como si Dios se escondiera en esos detalles», podría haber apuntado Aby Warburg, de cuya colección y memoria habrá que ocuparse en otro momento, y la afortunada relación que establece entre imágenes verbales e imágenes visuales.

Más próxima, en estos mismos días de setiembre de 2019, el Centro Pompidou anuncia como una relectura la exposición *Bacon en toutes lettres*, sus pinturas, mientras diferentes voces les hacen eco leyendo fragmentos de los libros de Francis Bacon, aquellos que le pertenecían, que fueron su fuente de inspiración para la concepción de sus cuadros y que su biblioteca, también expuesta, incluye⁵.

Un vaivén de referencias entrecruza pinturas, libros, museos, bibliotecas, estimulando la dialéctica de una fantasía que desborda los límites de las diversas artes habilitando una utopía verosímil.

RUPTURAS DE LA MEMORIA

En tiempos de aflicción, museos y bibliotecas comparten una misma fatalidad. Así como desaparecieron gentes y pueblos en las masacres totalitarias, una suerte similar corrieron las colecciones. *El museo desaparecido* de Héctor Feliciano, el más reciente *Pourquoi brûle-t-on des bibliothèques?*, traducido como *La biblioteca en llamas*, de Denis Merklen, *Le front de l'art : défense des collections françaises, 1938-1945*, de Rose Valland, de Anne Sinclair *21, rue de la Boétie*, *La collection* (2017) de Emmanuel Blanchard, sobre una *nouvelle* de Stefan Zweig o *M. Klein* (1976), el clásico de Joseph Losey, *The train* (1964) de John Frankeheimer, y tantas otras obras cinematográficas que muestran —una muestra solo— los saqueos, los fraudes, los despojos, de los que se informa con una cada vez más necesaria y creciente frecuencia.

Son numerosos los libros, los films, las investigaciones que tratan sobre bibliotecas espectrales, los artículos periodísticos que las descubren o las recuerdan. Cuando son menos los pocos sobrevivientes, la atención se dirige hacia obras que prolongan, póstumas, una posteridad para la que fueron creadas.

5 *Bacon en toutes lettres*. Centre Pompidou. París, 11 de septiembre de 2019 – enero de 2020.

En la amplia *Juden platz* de Viena, un bloque clausurado, un bunker, compacto y macizo, se destaca: *The Nameless Library*, la representación de una rígida y enigmática biblioteca sin nombres, sin entrada ni salida. De hormigón hermético, esta obra de Rachel Whiteread hace sospechar que podría contener libros vacíos, en blanco, una biblioteca que solo recuerda que no se recuerdan las decenas de miles de judíos deportados. Libros como urnas sepulcrales en esa ciudad donde otras urnas, electorales y recientes, no disimulan la vigencia trágica de un pasado ideológico igualmente alarmante.

Es cierto que este planteo concierne, más que a las bibliotecas propiamente dichas, a sus representaciones, de modo que no dejaré de detenerme en el documental *Toute la mémoire du monde*, que Alain Resnais realizó en 1956 y que muestra, el proceso al que el libro es sometido (y el matiz opresivo de la palabra vale) al ingresar a la Bibliothèque de France. Desde el comienzo el film impresiona por el ambiente macabro, la música triste, reflectores que encandilan en la oscuridad donde se encuentran pilas de libros y papeles amontonados, rejas en las barandas, más rejas entre las que la luz apenas se filtra por corredores que se continúan en otros corredores, sin salida visible. ¿Imágenes tétricas inspiradas en las *Carcerid'invenzione*, de Piranesi o en *Nuit et bruillard*, 1955, el film inmediato anterior del mismo Resnais? «En París es en la Biblioteca Nacional donde se encarcelan las palabras» afirma, monótona, la voz del narrador.

Como si se tratara de un trámite policial, muestra el procesamiento de datos, minuciosos, un sello con reminiscencias tenebrosas se estampa en cada libro como un ominoso tatuaje. Concluido el fichado, se encierra cada volumen procesado en una jaula y allí «prisionero el libro espera su turno para ser colocado en su ubicación definitiva». Los libros son distribuidos, discriminados, diría —por los términos concentracionarios que se usan—; los funcionarios, austeros, uniformados, los desplazan en carros, acumulándolos como cadáveres.

No deja de provocar una semejante pesadumbre la detallada información que brinda un artículo, del 17 de agosto de 2016, titulado «The New York Public Library is Moving 1.5 Million Books to an Underground Lair», donde se anuncia que los libros de esa biblioteca extraordinaria serán reordenados en una nueva ubicación. La descripción podría ser una ilustración detallada de «La biblioteca de

Babel» u otro guión del film de Resnais, a tal punto son escrupulosas las medidas milimétricas, rígida la colocación de los libros, lúgubre la composición.

Impresiones igualmente escalofriantes suscita la lectura de ese cuento. En algún momento el narrador de ese documental parece citar una frase del texto de Borges o el espectador cree escuchar ecos de ese texto paradójico en el que Borges adelantaba, desde la ficción, el destino de una biblioteca de libros doblemente anónimos. No se mencionan ni autores ni obras: NN (*nomnenscio*: «nombre desconocido», en latín, *No Name*, en inglés, *Nachtund Nebel*, el proyecto alemán de exterminio).

En el texto de Borges se detallan medidas, cifras, cantidades: los números prevalecen sobre las letras. Visión o previsión, el cuento anticipa la conversión de los libros y archivos a una actualidad numérica (*numérique* es la traducción en francés de *digital*), indicando al comienzo que la biblioteca «se compone de un número indefinido, y tal vez infinito», pero no de libros (como podría suponerse) sino de galerías hexagonales, pozos de ventilación y otros datos de una instalación que ignora cualquier contenido literario, como si todo lo literario, le fuera ajeno. Experto bibliotecario, más que narrar, el narrador *describe* una biblioteca donde no faltan anaqueles, lámparas, también hay libros, pero de ellos solo cuenta el número, de cada libro el número de páginas, de cada página, el número de líneas, de cada línea el número de letras.

Sería un rebuscamiento sofisticado, una verdadera extravagancia, hablar de bibliotecas sin invocar a Borges. Su nombre es más que una contraseña indispensable para acceder al tema desde que la actualidad informática convirtió las geométricas utopías de su fantasía en una realidad cotidiana. Un libro no tan reciente, *Le pouvoir des bibliothèques. La mémoire des livres en Occident*, empieza el primer capítulo recordando, «un riesgo que Borges ha ilustrado bien en su fábula sobre una biblioteca total que no remite sino a sí misma. (Baratin & Jacob, 1996, p.23).

Las bibliotecas, privadas o públicas, particulares o institucionales, se instalan en locales o en lugares accesibles pero que inspiran una exacerbada intimidación, que no siempre la concurrencia frecuente logra superar. ¿Es la solemnidad del recinto la que despierta esta melancolía recurrente?

Universal, esa reacción no es una aprensión local o pasajera. Un estudio reciente atiende esa «ansiedad» que es sobre todo la «angustia» que despiertan las grandes bibliotecas: «Library anxiety is real.» (Morton 2016).

Espacio de recogimiento apacible, de silencio sobrio y sereno, «de placer estudioso» al decir de Montaigne, en la biblioteca radicaría, sin embargo, una taciturna felicidad, el deseo de querer, de saber, de no abarcar.

Gérard Genette cita palabras de Roland Barthes:

Yo me hice estructuralista para no tener que ir a la biblioteca pero resulta que el propio estructuralismo se ha vuelto una vasta biblioteca.

Fue una observación acertada —prosigue Genette—, pero tal vez no llegó a prever que él mismo se convertiría en una biblioteca (Genette, 2006, p.38). Lúcido, humorístico, ordenado alfabéticamente, parodiando un diccionario de entradas inesperadas, su libro abunda en ironías con las que desdramatiza sus recuerdos y fantasías. En la entrada correspondiente a *Bibliothèques*, cuenta un sueño que se repite:

Camino en una calle de París en la que las fachadas hausmannianas se transforman poco a poco en estantes de libros superpuestos y alineados hasta el infinito, cada piso deviene un estante, cada ventana el lomo de un libro. Busco una dirección, y solo encuentro la ficha de una colocación ausente —esta, vacía, corresponde a una obra que falta, que no está en su lugar, y me despierto sobresaltado ante un «fantasma». Esta pesadilla es injusta, puesto que el propio placer en la biblioteca es precisamente encontrar lo que uno no buscaba y viceversa. [Traducción propia]

Tal vez no sea solo la actualidad satelital, la desterritorialización, la desmaterialización creciente, la inasibilidad de una radicación entre redes, que su razón informática depara a los libros y bibliotecas digitales. No se descarta cierta tristeza asociada al saber, a los libros, que procede del *Eclesiastés*:

12:12. E além delas\$ meu filho fique claro
Fazer livros em excesso\$ não tem alvo

E excesso de estudo§ entristece a carne.

(de Campos 1990, s/n)

Fue Haroldo de Campos quien transcreó el *Eclesiastés, Qohelet, O que sabe*, uno de los Poemas sapienciales atribuidos a Salomón, el rey sabio y poeta, con el fin de ampliar su poeticidad, por medio de la traducción al portugués, los horizontes de «mi lengua explorando sus virtualidades al influjo del texto hebreo» (de Campos, 1990, 33).

Tal vez proceda de ese lejano desaliento la confesión de Mallarmé, esa célebre elegía que repite males milenarios en versos muy citados:

La chair est triste, hélas ! et j'ai lu tous les livres (Mallarmé, 1979, 38).

Y entre el Rey poeta y el poeta francés no faltaron otros que hicieron suyas esas quejas. Tal vez un origen remoto, una vieja etimología, varias veces olvidada, huellas que siguen marcando desde el pasado el pesar de saber que ni el saber ni los libros consuelan. Si se tiene presente que *biblioteca* procede de *biblio* «libro» y *thékhe* «caja, cofre, tumba», las afloraciones semánticas que la historia confirma, sus imágenes producen, involuntarias, tristezas que involucran a la biblioteca donde rondan, entre libros y estantes, fantasmas de vidas pretéritas que no se resignan a desaparecer del todo.

UN ESPACIO DE ESPERANZA

En los últimos años, y sin olvidar las contradicciones de su representación, la biblioteca de viene titulares a partir de una nueva y decisiva mutación: su conversión en libros y archivos digitales, programas, herramientas, plataformas, encuentros académicos, investigaciones rigurosas y veleidades periodísticas se aproximan al controvertido universo de la biblioteca o a «El Universo (que otros llaman la Biblioteca)».

Un historiador, especialista en el siglo XVIII francés, Robert Darnton, director de las bibliotecas de la Universidad de Harvard, a quien el tema de la digitalización y de los archivos no le es indiferente, comprometido con proyectos decisivos, escribió numerosos artículos, reunidos en parte en *The Case for Books, Past Present and Future* (2009). Interesado en facilitar el acceso a las valiosas colecciones de las bibliotecas universitarias y nacionales a lectores de todo el mundo, advierte en las dimensiones infinitas

de Internet las posibilidades extraterritoriales de un reino apto para la invención, formulación y difusión de ideas, de conocimiento, sin fronteras ni aduanas. Celebra la puesta en línea de la valiosa correspondencia entrecruzada entre pensadores y políticos que hacían de la circulación del conocimiento el afán primordial de su acción y prédica. Su entusiasmo no le impide entender que las maravillas de acceder a ese copioso intercambio, que se verifica entre escritores, entre libros y bibliotecas, no resuelve la clausura para quienes no cuentan con la formación ni con los medios necesarios para alternar en esos círculos satelitales. Sin duda, ve con optimismo la descomunal biblioteca que propicia Internet, los millones de libros que han ingresado a las redes como archivos digitales y que están a disposición de todos, todo el tiempo y desde todos los puntos del planeta, sin trámites ni gastos, siempre que el acceso y conexión a Internet sea posible.

Pero no deja de anunciar la amenaza de una monopolización ilimitada de los medios, del poder creciente de los motores de búsqueda, las prácticas de Google en particular que se apodera de los tesoros de las bibliotecas y que se constituye en la biblioteca de las bibliotecas, la mayor, la mejor, pero con el tiempo o en poco tiempo, la preferida o la única. Advierte sobre los fines comerciales de una empresa en la que predominan la necesidad de obtener beneficios, cada vez mayores, «Google podría convertirse en la empresa más grande del mundo en el negocio de libros». Son reales y perentorios los peligros que prevé.

Si muy lúcido aprecia Darnton las generosas bondades de una biblioteca completa, gratuita, accesible, una suerte de utopía, que no se atrevieron a soñar ni los espíritus más aventurados, entiende asimismo que se arriesga demasiado al confiar la administración excluyente de la iniciativa a una empresa gigante y creciente, un robot que pudo y debió animar la Biblioteca del Congreso o una alianza entre bibliotecas universitarias de responsabilidades compartidas. Sus reconocimientos son muchos pero sus aprensiones, mayores.

Aunque más taciturno, es similar el planteo que formula Virgile Stark, seudónimo de un bibliotecario de la BnF, quien participó en las profundas mutaciones que allí se registraron al afianzarse la adopción de Internet. Su tono melancólico, el de su libro, *Le crépuscule des bibliothèques* (2015), preocupa aún más que las previsiones pesimistas de Robert Darnton.

¿Son nostalgias por el libro o por un acontecimiento en vías de extinción? De la misma manera que el narrador de Proust o el de Sartre, de tantos otros escritores que confiesan la inicial fruición de sus lecturas, el placer también sensorial de lectores a quienes encantan las propiedades materiales del volumen que sostienen entre sus manos, en el libro de Stark no faltan los lamentos por la pérdida de sensaciones y sentimientos, solo asociados al pasado, a la iniciación a la lectura, a la experiencia primaria del puro tacto o contacto con la materialidad del libro. Nostálgicos, los lectores escritores se adelantan a extrañar la aspereza de las páginas, la rugosidad o tersura de las tapas, los olores del papel impregnado de los aires del entorno, de la tinta, del polvo; los colores de intensidad variables, el desigual peso en las manos... Como el narrador de Borges, que nunca menciona el contenido de los libros ni las funciones de la escritura literaria sino la consistencia medida de los volúmenes, a Stark le preocupa el aspecto numérico de la condición informática, quiere saber de qué modo transforma y altera la digitalización «el universo del libro, los oficios, el conocimiento, el cerebro». Para Stark la alteración es grave y, agorero, decreta: «El auto de fe simbólico ha comenzado».

Desde esa visión catastrófica, como en los crímenes del pasado que se recordaban, los libros desaparecerían en la hoguera informática. Sin embargo, corresponde preguntarse si no ocurre más bien lo contrario, si los libros, ahora más resguardados que nunca, no quedan a salvo, sin que los amenacen depredaciones, usos abusivos, ultrajes que el descuido de lectores demasiado apasionados o de funcionarios negligentes podría infligirles. Una vez instalados en la nube, en el espacio sideral, entre cometas o entre pantallas, allí donde Stark concentra todos los males, no correrían tantos riesgos.

El ocurrente juego de palabras que titula el primer capítulo condensa sus desvelos: «*Absalon du livre*». Como ocurre con las bromas, no habría que explicar la aplicación de la figura bíblica, pero la evocación del trágico crimen de que fuera víctima el hijo de David, por un lado, y el prestigio del Salón o Feria del Libro en Francia, monotemáticamente interesado en «*L'érenumérique*» (según sus quejas), concurren a dar cuenta de su estado de ánimo, de su debate apesadumbrado ante el aplanamiento creciente con que las tecnologías arrasan el espesor de los libros en pantalla. Al

temor que prevalece ante los arrolladores cambios de una conversión a la que libros, archivos y bibliotecas ceden, se suma el temor a protestar, a modos viejos, al margen de una actualidad que multiplica los cambios, de un *Zeitgeist* dominado por una tecnología en conflicto con la propia tecnología. En progreso constante, parece renegar de la obsolescencia de sus logros, observando el ritual de un rechazo sistemático a la deplorada tradición contra la cual se expande.

Si entendemos por crisis el estado de cambio permanente, de cambio y crítica, una metamorfosis, una mutación, que transforma su sustancia y su forma, sin duda la biblioteca está en crisis. No sé si nada se pierde, pero es probable que, en la creación a la que la tecnología no aspira, nada permanezca o todo se transforme. La discusión continúa pero, se apruebe o no la digitalización, el hecho existe y nadie puede negarse a reconocer que sus virtudes son mayores que sus vicios, que si los libros se difunden, no solo los lectores se ven beneficiados, también los autores que se proponen llegar a ellos. Es posible que las instancias intermedias de la relación literaria (editores, distribuidores, libreros) vean alteradas sus atribuciones y deban adaptar a los recursos informáticos, a las bibliotecas en redes o en versiones digitales, sus rutinas de siglos. Una visión de la cultura está en transformación y una revisión, siempre positiva, prevalece.

Como pocas veces en la historia, la historia está presente; como pocas veces la literatura, las artes y las ciencias concurren y coinciden, pasado y presente, presente y futuro en un instante que no es ajeno a una anticipación de la eternidad, que está en el éter, y etérea, está en Internet. Así como en el citado cuento se hace coincidir la biblioteca de Babel con el Universo, ¿no correspondería recordar que algunas doctrinas religiosas ancestrales, fundacionales, identifican el Paraíso con la Biblioteca? ¿Acaso no se ha analizado el término *Paraíso* como una sigla que forman las iniciales de las palabras que, en hebreo, nombran las cuatro lecturas con las que se debe interpretar los textos sagrados? Si la biblioteca cifra su fe en el espacio, si el espacio es la esperanza, sin demasiada esperanza y sin ningún miedo, habrá que alcanzar o consolidar la dimensión sin límites, sin fronteras, la esterilización de las bibliotecas digitales que se sustraen a la fugaz eventualidad de las circunstancias porque fue esa, circular, la condición primera del libro, su principio, siempre recommenzado, y su fin, interminable. ♦

RESUMEN

En este artículo se propone observar los cambios de los que, desde hace unos años, se ocupan las numerosas y valiosas representaciones que escritores y artistas contemporáneos les dedican a los archivos y bibliotecas. Una de las razones que explican este reiterado interés podría radicarse en las destrucciones a las que se los ha sometido, sobre todo, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, aunque no faltaron episodios más recientes y más cercanos. Otra razón y cada vez más vigente, se podría atribuir a las mutaciones que producen las tecnologías en archivos y bibliotecas.

ABSTRACT

In this article I intend to observe the numerous and valuable representations that, writers and contemporary artists dedicate to the archives and libraries. One of the reasons that explains this repeated interest might be the destruction to which they have been subjected, especially during the years of the II World War, although there were more recent and closer episodes. Another reason and increasingly valid, could be attributed to the mutations produced by technologies in archives and libraries.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Auerbach, E. (1977). *Mimesis: il realismo nella letteratura occidentale*. Torino: Einaudi.
- Borges, J. L. (1939). La biblioteca total. *Sur*, año IX, nº 59.
- Darnton, R. (2009). *The Case for Books. Past Present and Future*. New York: Public Affairs.
- De Campos, H. (1990). *Eclesiastés, Qohelet, O que sabe*, São Paulo: Perspectiva.
- Dojc, Y., Krausova, K. (2011). *Last Folio. Textures of Jewish Life in Slovakia*. Bloomington: Indiana University Press.
- Baratin, M., Jacob, C. (1996). *Le pouvoir des bibliothèques*. La mémoire des livres en Occident. Paris: Albin Michel.
- Bradbury, R. (1953). *Fahrenheit 451*. New York: Ballantine.
- Genette, G. (2006). *Bardadrac*. Paris: Seuil.
- Genette, G. (2014). *Épilogue*. Paris: Seuil.
- Quevedo, F. (1981). *Poesía original completa*, Barcelona: Planeta.
- Kiefer, A. (2015). *L'Exposition*. Paris: Éditions du Centre Pompidou.

- Laskow, S. (2016). The New York Public Library is Moving 1.5 Million Books to an Underground Lair. Recuperado de http://www.atlasobscura.com/articles/the-new-york-publiclibrary-is-moving-15-million-books-to-an-underground-lair?utm_source=facebook.com&utm_medium=bbcculture
- Mallarmé, S. (1979). *Ouvres complètes*. Paris: Éd. De la Pléiade-Gallimard.
- Malraux, A. (1951). *Les voix du silence*. Paris: Galerie de la Pléiade.
- Morton, E. (2016). The Strange Affliction of 'Library Anxiety' and What Librarians Do to Help. Recuperado de <http://www.atlasobscura.com/articles/the-strange-affliction-of-library-anxiety-and-what-librarians-do-to-help>
- Musil, R. (1965). *El hombre sin atributos*, vol. II, Barcelona: Seix Barral.
- Perlez, J. (2015). 1,000 Years of Art at the Edge of the Gobi Desert. Recuperado de http://www.nytimes.com/2015/10/18/travel/china-gobi-desert.html?_r=0
- Rastier, F. (2016). Des Juifs au secours de Heidegger?, *Cités*, n° 65.
- Schiffirin, A. (1999). *L'édition sans éditeurs*, Paris: La fabrique-éditions.
- Stark, V. (2015). *Crêpuscule des bibliothèques*, Paris: Les Belles Lettres.
- Zweig, S. (2015). *Mendel el de los libros*, Barcelona: Acantilado.